

EN LAS FRONTERAS DEL SENTIDO COMÚN O BUEN SENTIDO

Jorge Calle

El buen sentido, el menos común de los sentidos y quizás el menos bueno, especie en vía de extinción en los dominios últimos de la ciencia clásica, y en los de la ciencia moderna, objeto como veremos, de ceremonia luctuosa de ínfima clase.

Nos referimos a aquel sentido de lo armonioso, de las proporciones sanas y rigurosas, de lo congruente, surgido del interior de leyes inexorables, concebidas por una ciencia profundamente imbuida de espíritu racional, que examina desde la implacable férula de la razón los acontecimientos y los avatares que percibimos a través de los sentidos; sano y razonable buen sentido habituado a discernir por qué vemos como vemos y no de otra manera, ejercitando en la lógica formal de lo cotidiano, de lo continuo. Ajeno a los sobresaltos y a la confusión en el discurso y en los hechos, refractario a la perplejidad y a la extrañeza, a la rareza, la mecánica cuántica prefiere decir rareza para describir alguno de sus desviolados números cuánticos. El lenguaje habitual se ha reconocido impotente para describir acontecimientos que en esencia son de naturaleza matemática, desprovisto en su instancia más compleja, de espacio de representación propiamente dicho; en otras palabras, no susceptibles de descripción, indescriptibles, inefables, horrorosos si los contempla desde la perspectiva restringida de nuestro camarada, el buen sentido, dado a imaginar que el universo todo, incluso aquel que no percibimos es tan solo una proyección a gran escala, a escala cósmica, del mundo que presenciamos. Inveterada y errónea costumbre de suponer que lo inaccesible se comporta de idéntica manera como lo que percibimos. Lugar común de un sentido habituado a dar por ciertas y buenas sus maneras de discernir y conocer. Sentido que enseña sus primeras fisuras cuando se le espeta la existencia de otros mundos, que están en éste, como afirmara Eluard, o que sencillamente se

resquebraja cuando con el biólogo J.B.S. Haldane sostenemos, sospechamos mejor que “ el universo no solo es mucho más peculiar de lo que suponemos, sino todavía más peculiar de lo que podemos suponer” . Razón por la cual, al margen de filosofías, siempre restringidas y precarias, debemos optar por soñar. Solo desde la conjunción de perspectivas plurales y disímiles tenemos una remota pero legítima posibilidad de comprender el universo; y el sentido común es alérgico a tal conjunción pues en aras de su prurito cartesiano, son lo suyo las ideas claras y distintas y el chocolate espeso; menos inquietante el chocolate que las ideas distintas y claras.

No podemos desconocer que el sentido común se sustenta y nutre de algunas premisas de carácter físico, verbo y gracia posee espacio y tiempo sin los cuales no tendría razón de ser; admite pues la existencia de cosas y de una manera concomitante acepta modificaciones posicionales de tales cosas en el decurso del tiempo, y en trayectorias definidas, únicas y reales; en definitiva hay cosas, las cosas son y están, aquí o allá, no aquí y allá ni aquí, ni allá, ni ausencia de lugar, ni ubicuidad, simultaneidad de presencia en más de un lugar -Principio jerárquico del orden, del buen sentido: Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. En este estado de cosas nuestro sentido común campea por sus respetos, Pedro en casa, ninguna novedad, todo en orden.

No obstante, tampoco podemos desconocer que hay otro orden de cosas, otro sentido de la proporción y de la medida. En las mecánicas modernas- mecánica ondulatoria, teoría cuántica, mecánica relativista, no hay cosas, hablando con propiedad. Un electrón no es una cosa. Digamos que un electrón es un conjunto de propiedades matemáticas, un agregado de requisitos estadísti-

cos, que hace parte de un entorno físico de naturaleza discontinua, que se desplaza en un espacio de configuración, inenarrable, pensable tan sólo, en donde las trayectorias son de índole virtual, es decir hipotéticas de algún modo, de algún modo irreales y cuyas propiedades son descritas en un estadio probabilístico y mediante un aparato matemático que opera con entidades imaginarias. Ya lo decía Teilhard de Chardin. "En el orden de lo cósmico sólo lo imposible tiene alguna probabilidad de darse".

Seamos pues conformistas, pidamos lo imposible. Dónde queda pues nuestro gratificante sentido común en estos ámbitos de lo abstruso, de seres que se desdibujan y esfuman y obedecen a leyes desprovistas del rigor clásico, veleidosas, fluctuantes, inciertas en las medida prescrita por los relaciones de incertidumbre, (Heisenberg) mundo espectral, poblado por fantasmas, me gustaría decir por seres ectoplásmicos, moradores de un mundo abisal, sublunar, maravilloso si es que el lenguaje cotidiano conserva todavía, algo de sentido, del buen sentido del que este mundo cuántico ha sabido prescindir?.

¿La distancia más corta entre dos puntos gratos a nuestro buen sentido?... blanco es, gallina lo pone... la línea recta. Cuál si no? Por un punto exterior a una recta cuantas paralelas? Elemental querido Watson; una y solo una palabra de dios. Un mundo saludable, comprensible, ordenado, cabal, mundo del sentido común, criatura rozagante y vigorosa, seguro y acogedor como el vientre materno. Esto es una mesa, o bien esto no es una mesa. Se es mesa, mago, alquimista o no se es, ni sombra de duda. Sin alternativas intermedias, tercio excluido; en ninguna instancia se es mesa y no mesa, alquimista y no alquimista - aunque con estos nunca se sabe- principio de lógica formal irrefutable, sana lógica, buena lógica y bueno el sentido común que se le asocia, construido con operaciones lógicas de la laya de la descrita y sobre las cuales ha levantado su estima y confianza.

Sentido que edifica sobre cimientos a todas luces indestructibles, monolíticos, un reducto sin

resquicios ni fisuras, acogedor, propicio a mentes ordenadas, nada ominoso ni inquietante, al margen de la duda, carente de elementos sórdidos o perniciosos, poblado por seres y cosas que son y están y se mueven con obstinada y secular moderación en espacios continuos, sin saltos bruscos ni comportamientos espasmódicos, reducto donde todo por principio es ubicable con precisión, de estados dinámicos bien determinados. Mundo donde hombres cuidadosos, investigadores plétóricos de sentido común; saben evitar toda incidencia suya y del aparato de medida sobre el objeto que observan e investigan.

Asistamos ahora al parto teratológico de esta cándida y dulce criatura: el sentido común. Veamos que ocurre en el momento mismo de abandonar el refugio amniótico y asomarse a un medio inclemente, desolado, lóbrego mundo del sin sentido, de la confusión ingénita y el asombro; dominios de la perplejidad y el desconcierto cuántico. Traumática e irreversible experiencia!. Hércules y Teseo arrastran a viva fuerza al hórrido Cerbero, al tricéfalo insomne, de la profunda entraña de la sombra, hacia la luz, sin transición ni clemencia. El alarido infrahumano resuena, horrisono, por siglos de pavora. Jorge Malabia lo supo desde siempre: "Sábato, hermano de infortunio, hermano en la indeclinable vocación de fracaso cuando fui a nacer me negué, me puse de culos, pero los hijos de puta igual me sacaron". Y aquí estamos de sopetón en el sin sentido mundo fantasmal a la manera Deleuziana, morador de los innúmeros pliegues, de los incontables intersticios Universales. Sentido que como un espectro resuena entre el estado de cosas y la proposición que lo describe, ajeno a uno y otra, neutro y estéril, andrógino que presume de preñar de significado, padre prolífico y paradójico, el vasto y complejo sistema de proporciones y axiomas característicos de la nueva ciencia.

Lógica de nuevo cuño. Una entidad puede ser y no ser. Veleidades estadísticas que no pueden ser refutadas con los presupuestos convencionales de

la lógica formal. Cosa y no cosa, todo en uno, imputable este aparente desatino a las singulares propiedades de lo plausible, mejor aun, consecuencia de desagregados estadísticos que imposibilitan una afirmación categórica en un sentido o en otro. Conciencia de nuevo cuño. Se hace imperativo dar una vuelta de tuerca a nuestra vieja manera de pensar. El universo es más extraño aun que la más insólita, la más inaudita de nuestras imágenes sobre él. Nada tan fantástico como lo real. La naturaleza es inmensamente más rica que los pueriles propósitos de plasmarla, de aprehenderla. Es preciso ejercitarnos en la rareza so pena de pasar de largo, sin pena ni gloria, sin pecado de comprensión, alhelados, cretinizados y quizás felices. Bien amados los pobres de espíritu pues de ellos el es reino de los cielos.

Sin sentido que edifica con elementos deleznable y móviles, acomodaticios a circunstancias siempre en fluctuación. Para nuestro pasmo el espacio se curva por imposiciones ineludibles de la materia. Tiempo y espacios relativos, nada permanece, nada es absoluto ni es susceptible de afirmaciones categóricas. Mundo de lo presumible y lo presunto, capaz no obstante de fenómenos colosales y de eclosiones indescriptibles; mundo de un rigor laxo y zumbón que ha hecho de la línea recta una ficción y de la noción de paralelismo un desvarío, censurado apenas como una especulación, dominio

del sinsentido-hermano gemelo del sentido común, concebidos en lo cierto, riguroso y determinado el uno; en lo incierto, veleidoso e indeterminado el otro. Iguales en esencia, profundamente distintos en naturaleza e índole. Dócil y mesurado el uno, esquizofrénico y disoluto el otro. Entidades conjugadas, dos caras de una misma moneda que no resisten un examen simultáneo. El sentido común opera en un ámbito que es inaccesible al sin sentido y viceversa; no obstante en el dominio de los grandes números cuánticos se identifican plenamente, justo cuando la pequeñez de la constante h de Planck es menor sensiblemente que las inevitables imprecisiones de medida. Hay además una diferencia ontológica y cultural entre ambos. El sentido común abomina de las vaguedades; de lo irregular, de las abstracciones profundas; es predecible, cultiva hábitos, no corre riesgos ni ama la aventura, es sedentario, trivial y aburrido como una ostra, es un decir, sé de ostras y crustáceos divertidísimos- El Sinsentido se debate en cambio en un mundo esquizoide, anómalo, rebosante de vida, plagado de peligro, versátil e impredecible, el mundo de la alquimia sin alambiques ni alquitaras, de la magia en su acepción más sórdida y maravillosa. Que viva pues el sentido común, viva también el sinsentido.

Eureka, eureka!